

EDITORIAL

Los artículos incluidos en este tercer número ordinario de 2025 investigan temas tan diversos como el concepto unamuniano de Dios, la teoría de la evolución biológica, los desafíos de la inteligencia artificial, la recepción de un controvertido pasaje de la *Metafísica* de Aristóteles y la interpretación de la filosofía cartesiana en un autor japonés del siglo XX, Nishitani.

Precisamente a colación del último texto, que entra en consonancia con la reiterada voluntad de esta revista por dar voz a filosofías no occidentales, quiero reflexionar brevemente sobre la relevancia de tender puentes entre el máximo número de tradiciones de pensamiento. Creo que una de las formas más fecundas de fomentar el diálogo entre culturas dispares es el análisis de sus respectivas concepciones filosóficas. Es cierto que resulta imposible reducir una cultura a una única visión del mundo; sólo los estudiosos superficiales pensarían que una denominación tan genérica como «Oriente» y «Occidente» es capaz de hacer justicia a la riqueza de planteamientos filosóficos y teológicos que esconden áreas donde la diversidad cultural de la humanidad ha brillado con luz propia. Es imposible, por tanto, hablar de una concepción occidental o de una oriental como si se tratara de una cosmovisión uniforme. Aun así, cuando examinamos el modo en que las grandes categorías del pensamiento filosófico han sido abordadas en los principales núcleos culturales de Oriente y de Occidente (es decir, en sus tradiciones más influyentes) no es difícil percibirse de que las posibilidades no son infinitas, sino que habitualmente convergen en una cantidad finita de concepciones del mundo, de la mente y de lo divino (por ceñirme a las tres ideas básicas de la filosofía, que Kant elevó a la categoría de «ideas reguladoras de la razón pura»; en efecto, las dimensiones más profundas a las que puede dirigirse el pensamiento filosófico no son otras que el mundo, como totalidad de objetos, la mente humana, como unidad perceptiva, y Dios como lo absoluto e incondicionado: la realidad material-objetiva, la «subjetiva» y la suprema).

Así pues, estoy convencido de que un examen no necesariamente exhaustivo de las concepciones fundamentales que los grandes sistemas filosóficos alumbrados en la India, China y Japón albergan en torno a estas tres nociones capitales del pensamiento es una vía útil y didáctica para advertir divergencias y convergencias entre estas culturas y los sistemas desarrollados en Occidente desde los griegos (incluso antes, si queremos ampliar nuestra investigación a lo que a veces se llama —no exento de cierto tono despectivo— «pensamiento prefilosófico»). Qué afirman sobre el mundo, el yo y Dios, y si algunos patrones dialécticos se reproducen también en esas áreas culturales (como las oposiciones entre empirismo y racionalismo, entre materialismo e idealismo, entre ateísmo y teísmo, etc., si circunscribimos nuestro trabajo a la metafísica; en ética es indudable que una de las oposiciones clave es la que enfrenta utilitarismo y formalismo, disyuntiva que parece imposible esquivar), es una estrategia privilegiada para introducirse en la *forma mentis* de estos pueblos y de las religiones que en ellos predominan. Bien planteado, liberado de los excesos generalistas y de las posiciones eurocéntricas que tanto descrédito le han causado, el comparativismo puede arrojar luz y ayudar a comprender concepciones distintas del mundo, de lo humano y de lo divino, además de poner de relieve que, más allá de la diversidad cultural, existen también profundas convergencias filosóficas.

CARLOS BLANCO
Director de *Pensamiento*